



La Colmena

ISSN: 1405-6313

lacolmena@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de

México

México

Higashi, Alejandro

Algunos poemas de museo

La Colmena, núm. 50, 2006, pp. 40-42

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446344561005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Algunos poemas de museo

ALEJANDRO HIGASHI

Si luego de subir por la vieja y empinada escalera, descansas en cualquiera de las tres habitaciones que dan a la calle, podrás sorprender la luz maravillosamente íntima que alguna vez alumbró al más distinguido cliente del ryokan de Ohashi-ya, 37ª estación del Tōkaidō, y detener el tiempo.

En las construcciones típicas japonesas, la luz es una herramienta más para lograr que lo denso parezca más liviano y que los muros de mayor peso logren liberarse de la gravedad y bailen ante los ojos sorprendidos de los niños y los extranjeros.

Un método sencillo consiste en acentuar los intensos contrastes entre, por ejemplo, los blancos que reflejan los muros de papel de arroz con los tonos oscuros de las maderas del piso.

Otra herramienta es el arte del shō, la caligrafía japonesa que adorna los rollos del *tokonoma* y los *fusuma* o biombos decorativos que separan las habitaciones en una estancia.

Los efectos que estas sencillas combinaciones producen escapan a toda comprensión.

Hoy mismo, hace unas horas, una joven ha visto simultáneamente su muerte y

su nacimiento
en el tránsito de unas cuantas sombras superpuestas,
se ha topado frente a frente con Matsuo Bashō y ha encontrado la belleza de la
flor
en la semilla del árbol del cerezo que aún no planta y se ha marchitado ya en su
mano,
ha caminado en el sentido de los rayos del sol hasta convertirse
en la sombra delicada de un brote de bambú servido en la mesa de algún poderoso
emperador,
ha pronunciado los más bellos ideogramas sobre las tablillas alargadas de una
cálida neblina
y se ha vuelto transparente como la gota de rocío que lenta, pausada,
resbala sobre la piedra que a la vuelta de los siglos termina por ceder
hasta quedar marcada por el terco transitar de una insignificante gota de rocío.
La he visto disminuir hasta volverse nada en este simple laberinto.

He querido decirle que sólo son juegos de sombra y luz, pero el tiempo ya no
existe para ella.



Bob Harris y Charlotte se conocieron en un hotel céntrico
de Tokio donde paraban, perdido uno entre las nubes de un comercial fallido
y la otra entre la niebla de su condición de universitaria recién casada,
que no sabe todavía calcular el tiempo necesario
para llegar puntualmente al cumplimiento de sus sueños y llega siempre tarde.

Ambos, al encontrarse, supieron que habían topado por primera vez con dos
tesoros,
pero no pudieron indicar el lugar exacto en el que estaban escondidos,
les faltaba tinta y pergamino para dibujar un mapa
y no llevaban las herramientas necesarias para desenterrarlo de una vez,
de manera que los tesoros se transformaron después en inquietantes frustraciones.

El enigma de la película, sin embargo, no es éste.
Al salir de la sala, la pregunta que queda en la mente de los espectadores
es otra: ¿qué mantiene unidos, durante una semana, a Bob Harris y a Charlotte?

Lo que los une, en mi opinión, es un gran puente que no se ve,

sin piso ni barandillas como una cuerda floja, tendido sobre el abismo;
un gran puente oculto bajo los destellos rojizos de las hojas secas del otoño
en algún parque de Tokio o de Kioto, un chirriante puente viejo que no se ve
y que sólo sirve para unir esas distancias que nos alejan de todo
y de vez en cuando para hacernos creer que todavía tenemos una oportunidad,
aunque nuestra mayor oportunidad en realidad consista en compartir
al azar un rato en el mismo lobby o algunas horas de charla en un café,
quizá un poco deslumbrados por la transparencia del aire.



Hay un pueblo en China donde la gente cree que es posible volar.
Los llaman la gente-pájaro de China.
Todo es producto de una confusión,
como sucede siempre con las historias más entrañables,
pero a nadie le importa y todo mundo ahí se esfuerza por conservar esta leyenda
viva entre montañas,
construyendo alas y llevando a sus hijos a la escuela de volar
que celosamente cuida Yan Si-chang, la nieta del primer hombre-pájaro,
sin entender muy bien la riqueza del equívoco que custodia,
pero ejerciendo las más avanzadas estrategias pedagógicas (por ejemplo, su
sonrisa).

Un día, dos extranjeros que llegaron a este pueblo
también pensaron que era posible y lo intentaron,
pero volar aquí, como en cualquier otro sitio, es un asunto serio.

Yan Si-chang les enseña que para volar
nada es mejor que un gesto afirmativo, que una canción,
que un viaje juntos al café que han frecuentado desde hace años, una tarde fresca.
Les enseña, sobre todo, que volar entre los árboles puede ser una empresa mortal,
pero que el más arriesgado de los vuelos sólo se cumple sentido adentro,
en ese silencio empecinado, fugaz, un poco sin propósito,
de quien cierra los ojos un momento y escapa de aquello que los otros consideran
su vida,
para llegar al centro absoluto de su libertad
y descubrir que el pensamiento es frío y veloz
como el trazo en el muro de un niño que juega con crayones
y dibuja el camino por el cual querrá escapar algún día, cuando sea mayor y todo
esté perdido. LC